

Unamuno y la arquitectura.

"He dicho alguna vez, con escándalo acaso de ciertos pedantes, que la verdadera universidad popular española han sido el café y la plaza pública."

Miguel de Unamuno

Una de las cosas más características que tienen las ideas es que son, como se dice ahora, multiplataforma. Si hay algo que te fascina y crees acertado, eres capaz de reconocerlo o de entreverlo en cualquier lugar donde se encuentre, sea ese el ámbito al que estás acostumbrado o no.

Cuando leemos a Unamuno, o lo estudiamos, vemos que el tratamiento que el escritor hace del lector no es el que se hubiera esperado de principios del siglo XX. Entonces, como casi siempre ahora, la literatura se basaba en una forma de transmisión bastante magistral. La obra tenía un fin, una idea de concepción y el lector debía alcanzar a llegar a ella.

Para Unamuno, el lector es un ente más del juego de la creación y no sólo un observador. Él lo implica en su obra de forma que la actitud y la actuación de la persona que en teoría sólo observa es capaz de cambiar también la propia obra construida.

Al hacerlo, le da una función, pero también una posibilidad de decisión que deja de controlar el escritor, aunque es poco probable que quisiera controlarla, ya que la dación de esa opción es voluntaria por parte de Unamuno.

En la arquitectura sin embargo eso no es tan usual y puede que tan factible, si bien no han sido muchos los acercamientos de los arquitectos al intento. Quizás Steven Holl desde la fenomenología ha intentado darle importancia al usuario, pero desde un punto de vista sensitivo más que modificador. El Museo de Arte Contemporáneo de Helsinki, el Kiasma, es quizás prueba de ello. Logra dar una gran carga emotiva con su arquitectura, de una forma más lograda que otros muchos arquitectos que simplemente se dejan llevar por estereotipos o modas.

Sin embargo no es eso lo que el escritor vasco logró. Ese traspaso de responsabilidad que implica el dar al usuario libertad no sólo de interpretación sino de acción también es peligroso. Y no porque no acabe haciendo o usando la obra como su imaginador había pensado, eso es positivo, sino porque el usuario no se dé cuenta realmente de que es necesaria su participación en facto. No sólo puede hacer cosas para cambiar la obra, sino que debe hacerlas.

Pero el beneficio merece la pena el riesgo. Si el usuario se hace participe la obra construida tiene potencial para lograr más que lo que el creador pudiera haber pensado. Y es que eso es algo que se ve en las intervenciones de arquitectura temporal y urbana. Y en actuaciones marginales fuera de los cauces oficiales como las que se ven a veces en los barrios periféricos o en modificaciones a nivel de ciudad que incluso algunos dudarían de llamar arquitectura pero que, sin duda alguna, lo es.